

María Maizkurrena



Padres de Bitoriano Gandiaga.

El mundo

El mundo es una vasta llanura con caballos.
Manadas infinitas de ganado y de nubes.
Se enciende con la luz de los días inmensos.
Luego se hunde en un mar de sombra movediza.

Los ríos van despacio con la carga del cielo
fluyendo hacia la curva de luz del horizonte.
Una ley nunca escrita rige las aguas lentas,
el techo inacabable y la tierra y el tiempo.

Hierba y polvo es el mundo, y días que comienzan,
por donde pasa el viento como un velero errante,
en sí mismo perdido, en sí mismo llevado
a través de las tierras que apacigua la noche.

El viento es la inquietud que a veces se detiene.
El juego de los niños lo llena de punzadas
cuando van a la escuela diminuta, dormida
humildemente al borde de un camino de polvo.

En las casas dispersas los ancianos aguardan
sentados en el porche a que vuelvan los nietos
y que la última noche gire en su vasto espacio
y el mundo se detenga y la llanura se apague.

El mundo es una vasta sucesión de grandeza,
carne y hierba lo cubren como un delgado aliento
que se renueva y pasa. Así transcurre el día:
como un drama tranquilo sobre un vasto escenario.

Hijo de un antiguo afán/ de piedra y tierra
recias,/ voy devanando aflicciones.../
hasta que aquel sueño luminoso me cobije.

El mundo

El mundo es una casa, airosa, blanca y fuerte,
centro del universo, luminosa energía,
con montañas azules dormidas a su espalda
y una red de jardines que llevan a su puerta.

El mundo es un jardín que se divide y sueña
con réplicas y opuestos en un llano profuso.
Bosque domesticado con sus dioses inmóviles,
laberintos de boj, de mármol y de rosas.

El mundo es un jardín luminoso y sombrío
que tiene la potencia de la naturaleza
y la voz sugerente del lenguaje y los símbolos.
El mundo es un jardín; su centro es una casa.

La mañana desciende sobre el mundo y la tierra
despide plenitud, los colores se tensan,
los vegetales hacen su trabajo secreto,
secretos visitantes recorren los senderos.

El mediodía llega, y el mundo se detiene
un instante en la luz, henchido de sí mismo.
Lo blanco en la floresta fulgura levemente
cuando un rayo de sol le clava su destello.

En la noche, la casa se recoge en su adentro;
las sombras atemperan su blancura radiante.
Por los senderos vaga el mirlo, desterrado,
y su canto tan dulce es un dolor sonoro.

El alma,/ solitaria,/ se halla atrapada en un
cuerpo.

Anochece.

No se vislumbra ni un resquicio de luz/ en
mi corazón.

Los caminos me dan vida,/ los caminos
interiores/ de orillas inciertas/ largos y sin
objetivo alguno.